O uno o los otros

David Garcimartín Arenas

O uno o los otros

David Garcimartín Arenas

Avant
editorial

Primera edición, julio de 2023
©David Garcimartín Arenas 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19763-67-9

IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL:M-22825-2023

A Beatriz Giménez de Ory,
por enseñarme qué significa leer y escribir

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Mientras en sueños se extasiaba por los pájaros, pues tal vez sean los primeros seres vislumbrados en el horizonte de la novedad haciendo gala de su fuerza, imponiéndose arriba y abajo, impidiendo la mirada a lo verde del paisaje, previniendo de la próxima monumentalidad de los humanos, como si estas aves estuviesen celosas y se esforzaran en acaparar todo el pensamiento; extasiado, entonces, por sus formas bellas aquí y en los confines de la Tierra, había llegado para un joven estudiante la ocasión de despertar y perder de vista a las palomas y las golondrinas y las alondras, que durante más de una hora estuvieron siguiéndole etéreas y sin exigir nada a cambio por su presencia; ninguna dádiva mejoraría su plumaje, y ¿qué otra cosa pedir? Pero ¿no fue real, y los graznidos se escucharon en toda la estancia? Ya daba igual, eso carecía de importancia en tal momento: esa novedad anunciada

dirigía su pensamiento hacia ella. Era el 1 de julio de este mismo año y el tren llegó como de costumbre a la estación con algunos minutos de retraso. Con la resignación de los pasajeros, al final del trayecto una aguda voz anunció el ruego de abandonar las cabinas. El hombre se apeó con una gran maleta que parecía sujetar con fuerza, resistiéndose a abandonar los recuerdos de su anterior vida y quedó unos segundos absorto y ajeno a todo el movimiento de aquellos que parecían huir de la estación, como si una especie de repugnancia generalizada no permitiera mantenerse en la fría estancia y nada hubiera que contemplar. Pero, naturalmente, tan sólo querían llegar pronto a sus trabajos, con seguridad a la fábrica de quesos que ofrecía posibilidades de futuro a toda la comarca.

Puesto que el estudiante podía permitirse ir a su ritmo, sin ninguna prisa —¡como un pájaro sin obligaciones!—, estuvo escudriñando el reflejo opaco que le devolvía el cristal del tren parado. Su figura no resaltaba, excepto su gran cabeza, un poco deformada por el cristal, como si residieran escondidos algunos pensamientos muy importantes que guardar siempre con él, pero al menos podía comprobar si se había despeinado desde aquella misma mañana en la que con tanto ahínco pasó el cepillo por su guedeja. Estaba en perfectas condiciones: completamente rubia, incluso pelirroja en aquellas regiones en que el sol penetraba con más intensidad por los numerosos espacios del techo que se

abría al cielo por los ventanales; muy lisa, pero con gran volumen, y el flequillo tapaba casi la totalidad de su frente, dirigido hacia su ceja izquierda, impulsado por la fuerza centrípeta de su corazón, mientras que, sin embargo, cada uno de los cabellos concluía —movido por otra fuerza, la de las nubes o los astros de más allá, que tienen igualmente sus efectos en los cuerpos más menudos a pesar de la gran distancia cósmica—, hacia arriba, produciendo que su cabeza no estuviera envuelta en un gran casco como a algunos otros hombre y mujeres les sucedía. Se asemejaba a aquellas melenas de los caballos que, mientras galopan con fuerza, se elevan hacia los cielos pero nunca abandonan la tierra, porque saben que el sustento y la felicidad, al menos por el momento, no pueden darlo sino los árboles y las piedras y las flores. Cuando determinó que su examen había concluido satisfactoriamente y podía continuar, enseguida se paró de nuevo, e incluso dejó de agarrar su maleta. Sin ningún preámbulo se dijo algo a sí mismo, haciendo notar que sus palabras eran espontáneas incluso a sus oídos:

—¡Bah! Bueno. Pero ¿por qué me preocupo? Ya no estoy en la facultad. Puedo raparme el pelo si quiero, y nadie me diría nada. A partir de hoy me da igual mi aspecto, aunque tampoco me haya preocupado tanto.

Y así, como si la mera preferencia de esas palabras por lo bajo hubieran dado comienzo a un nuevo estado del mundo, como si con su pensamiento manifestado

desde sonidos, los de su garganta, hubiera quedado abolida una preocupación del espíritu, de la que ya no debía ocuparse nunca más, decidió que era momento de andar más deprisa y llegar a su casa de una vez por todas. Sus perros estarían esperándolo, después de tanto tiempo, y no podía negarse a la tentación de recibir, tumbado en su alfombra, sus lametazos de alegría. Además, toda su familia estaba también en casa.

El joven podía compararse con aquellas rosas —o cebollas, pero haciendo referencia a la flor nuestra analogía, en ambos casos certera, parece más bella, y tal es uno de los atributos externos que en especial conmovían a cualquier observador— que se presentan reluctantes a la vista: aparecen con su fragancia y rodean de un color delicado todo lo que esté cerca de sus pétalos suaves. Inmediatamente un observador, sea frío o candoroso, no se resiste a acercarse, y contempla quedamente la flor, pero nunca con el suficiente regocijo que podría dar el tocarla, entrando en contacto físico, mientras en su pensamiento surge una sentencia clara: «¡Qué debe haber en su interior, qué secretos, qué respuestas, qué dádivas puede obsequiar este encanto tan gracioso!». Y, efectivamente, tales deseos no se frenan, porque nadie puede resistirse a su primor. Se comienza a arrancar pétalo por pétalo (o capa de cebolla por capa de cebolla), y se siente cada vez más un goce irrefrenable de seguir exprimiendo algo tan delicado hasta su núcleo, del que se espera que debe

emerger con esplendor una luz muy intensa. Sin embargo, aquel con pretensión de botánico y horticultor queda decepcionado: descubre que al fondo no hay nada. Cuando a la rosa se le extraen todos los pétalos, no hay un centro que estuviera aguardando; cuando a la cebolla se le retiran sus capas, sencillamente deja de existir la cebolla. Entonces es el momento en el que uno repara en que debió admirar y conformarse con lo que desde un principio estaba mostrando el muchacho, el sencillo color de sus mofletes y su postura erguida. Nada especial, secreto, insondable, profundo o acentuado puede decirse del joven. ¿Es esto acaso un disgusto? ¿Hemos tropezado sólo con un ser simple que nada tiene que ofrecer, sin nada memorable, sin un carácter psicológico que descubrir de una región más honda que nos aguarda? ¡Pero piensen en la rosa, y digan si es memorable o no! Sólo hace falta mirar en sus ojos para saber que nada queda a la imaginación, que las primeras conclusiones sencillas y superficiales, que estiman el brillo emanado, se confirman en sus posteriores actos sin nada más que considerar. Era un joven magnífico y se comportaba de manera magnífica. No hacía falta añadir ningún adorno más ni esperar desocultar alguna incógnita. Se trataba de un hombre inteligente y avispado, pero no lo suficiente como para consagrar su vida al reino de las ideas, como si olvidara su naturaleza de cuerpo viviente; amigable y extrovertido, pero sin poseer una amplia gama de amistades

que no le permitiera dedicarse a la meditación y tener tiempo para pensar sobre sí mismo; pragmático y utilitario, atento a la balanza de los placeres terrenales para decidir cómo actuar, pero sin pensarlo mucho ni, por otro lado, dejarse llevar por los intereses más bajos o las pasiones propias, porque era empático y capaz de experimentar grandes tormentos cuando eran sus allegados los que sufrían de cualquier modo; en definitiva, un joven ordinario, de los que no miran por encima del hombro ni se encierran en sí mismos, de los que saben mucho pero en sus camas no se preguntan tanto.

Su nombre era León, y tras haber recibido con honores su diploma en Derecho, volvía a su casa en un pueblo ubicado en una de las montañas más frondosas de la Sierra de Guadarrama. Si esto es un hombre simple, ¡viva la simpleza!; a veces es tan satisfactorio ser el segundo que dejamos sin reparo y con tranquilidad el primer puesto.

Definitivamente salió a la calle, empujando su maleta, y pudo sentir en sus pulmones un ensanchamiento extraordinario por la pureza del aire. Los pequeños grupos de personas, en su mayoría mujeres, mientras disfrutaban de sus paseos, habrían de enterarse sólo de que León era un vecino habitual si reconocieran su figura y examinaran la gran lista genealógica de las familias con rostros y caracteres que todo habitante custodiaba en su mente sobre los demás. Su gesto de sorpresa era espectacular, su paso lento, su admiración

tanta; se presentaba como un nuevo turista que se mantiene quedamente a la escucha de lo que un nuevo lugar nunca antes visitado tiene que decir.

Situada esta villa en la falda de una gran montaña en su cumbre azulada (aunque el pueblo estrictamente comenzó en su pie, desde el riachuelo, pero poco a poco fue avanzando), los ojos disfrutaban de la cordillera que rodeaba el asentamiento, excepto por el sur, donde se abría una meseta limpia y llana, repleta de coníferas. Por este paisaje se compensaba el dolor de las piernas que recorrían calles estrechas y en cuestas, inclinadas hacia un lado y hacia el otro, con casas antiguas, muy juntas, pero no por ello sin algunas grandes avenidas repletas de álamos, y todo el suelo estaba empedrado en bloques de granito con el beneplácito de los tréboles que crecían en las juntas. Además, de la montaña no sólo llamaba la atención el verdor de los pinos y los abetos (pues únicamente la cúspide con una gran cruz a veces perceptible estaba yerma, repleta de nieve, con pocos arbustos, setos y matorrales), sino que en una de las secciones oeste podía contemplarse, con ojos atentos, como si el diseño inteligente no hubiese sido inteligente (¡o sí!), la figura de una gran mujer con un vestido enorme, conformada por la disposición azarosa de una serie de abetos en este lienzo inesperado. El creador, cuando buscaba un espacio para los árboles, estuvo pensando en el ser humano y su grandeza; y así se confundió de tal modo que dibujó

en extraordinarias dimensiones el cuerpo de aquella señora (y no es de extrañar que todavía en nuestros días haya algunas almas que se preocupen de adorar a esa montaña como la extremidad de algo sagrado).

León se dio la vuelta y contempló la montaña; se apercibió de las nubes que se rompían al pasar por ella; determinó que todo seguía igual que antes; y con tranquilidad, se dijo a sí mismo: «¡Buenos días! Por fin he llegado y esta es mi primera recepción. Si pudieran hablar, ¿qué me dirían? ¡Bienvenido, bienvenido! Sí, con eso me basta. ¡Gracias!», y de pronto escuchó claramente una voz, como si fuera la respuesta que tanto ansiaba:

—¡Leoncito! ¿Qué haces ya por aquí? ¿Qué maleta traes? ¡Es muy grande! ¿Es que has vuelto de la ciudad para siempre? Estarás todo el verano, entonces. ¡Algo me dijo Dora; no sabes cuánto te echa de menos tu abuela! Espera. ¿Te acuerdas de mí? ¡Leoncito!

Una mujer mayor, tal vez de ochenta años, se había acercado demasiado a León, y en un primer momento era desconocida para él, aunque forzosamente su rostro tenía que resultarle familiar. En ningún momento, sin embargo, quedó inquieto por sus palabras: él sabía que en un pueblo de quince mil habitantes la mayoría debían conocerse, y cualquier hombre estaría dispuesto, incluso en las más desfavorables circunstancias, para acercarse a un desconocido y relatar la historia de él y su familia desde la gestación de los dioses

hasta el momento actual, por lo que por medios naturales la señora podía saberlo todo, y más, sobre León. Tan sólo le sorprendió la referencia sobre su maleta, como implicando que las demás veces había acudido a su casa por unas vacaciones más temporales, como así fue; pero no consideró que las normas de la cortesía habían sido transgredidas si había hablado con su abuela y, efectivamente, esta habría declarado que el presente verano sería más largo de lo habitual para su preciado nieto y volvería definitivamente (aunque podría continuar los estudios), dejando su piso arrendado en la ciudad de su facultad.

Sin embargo, sí pudo inquietarse al contemplar la figura que le mostraba la mujer, como fuera de lo que puede esperarse en cualquiera de las situaciones normales. Era alta, mucho más que León, preocupantemente famélica, resaltando en su rostro arrugado y cetrino los huesos de los pómulos, arropados por una fina capa de piel; sus ojos pequeños, negros, e introducidos a presión en la cara decrépita pero grasienta estaban rodeados de un halo de oscuridad; sus mofletes a veces sí y otras no se ruborizaban sin ningún motivo, con un color naranja. Pero si sólo esa parte de su cuerpo, la única descubierta, resultaba repugnante, no menos podría pensarse de lo que se escondía tras un largo vestido negro y de tela fina que arrastraba, en caída vertical y con un leve fruncido en la cadera, de encaje en su pecho como representando grotescas

figuras. De aquello no podía decirse que estaba pasado de moda, porque nunca estuvo de moda; y ya de sus zapatos tampoco se podía decir algo, porque no se veían. Finalmente, llamaba la atención (en un examen aún superficial) el largo cabello negro, que mantenía un brillo mate resplandeciente, lo que no parecía concordar con su portadora. Si León no hubiera sentido, con justificación o no, cierto disgusto, habría resultado cómico, porque se dejaba el cuello para mirar hacia la gran señora igual que ante un cuadro en el mismo Thyssen. Pero había algo oscuro, una mezcolanza de sombras abstractas concentradas en su cuerpo.

Allí estaba el joven, sin saliva en la boca, y debía responder de la forma más amable a sus preguntas. Porque lo contrario, tanto no decir nada como decirlo de mala gana, resultaba sencillamente inconcebible.

—Perdone usted… —gritó de pronto, pues tanto tiempo llevaba sin hablar que, como es usual en tales casos, en las primeras palabras uno se olvida de cómo modular el tono y en definitiva se prorrumpe con un alarido similar a la de los jóvenes que despuntando su adolescencia dejan de controlar su voz y ya claman como enmudecen agónicamente. León la trataba de usted, aunque la mujer no lo hiciera— pero no tengo el gusto de conocerla. Es decir, claro que me acuerdo, porque su cara me es familiar, pero ahora mismo he olvidado su nombre… y ¡sí! —se animó de pronto, y dejó de juntar sus manos sudorosas a la maleta—, he

vuelto porque he terminado mi carrera universitaria, y estaré aquí todo el verano. Vuelvo algo antes. Luego, en septiembre, retomaré mis estudios, ¡pero ya se sabrá!

—¡Leoncito! Cuántas veces te habré cuidado de chico, y te portabas como un santo. A veces, si paseabas con tu madre y me veías, te soltabas de su mano y acudías corriendo, porque siempre tenía un abrazo para ti y los demás niños. ¡Nada os hacía tan felices! Soy Urbana. ¿Te acuerdas ahora?

—Sí, sí. Oh, claro que me acuerdo ahora… por favor. ¡Perdóneme!

Las formas de Urbana eran agradables, y sus intereses verdaderos, pero aun así consideró el joven que, en el estado tal vez de enfermedad de los nervios, o del cerebro, junto a su edad, era el tipo de mujer que transmite una suerte de repugnancia por la que dejar de ser feliz, y León era un chico feliz y animado. ¡Podría haberse comportado galantemente, como a veces hacía, y reírse de aquel cuerpo esquelético mientras creaba la expectativa en una vieja de que un hombre en plena flor de la vida (así se veía a él, alegre con su imagen) se fijaba en ella! Si se hubiese atrevido, tendría una agradable anécdota que contarle a su amigo Iván, el cual se obstinaba en tildarlo de galán, con motivos. Pero tan sólo respondía mecánicamente tras escuchar las mil y una cosas que preguntaba Urbana.

Aun así, mientras tanto, dentro de él se convencía de la necedad que estaba cometiendo al pensar mal de

una vieja; era una señora, y sólo quería información suficiente como para acercarse a sus amigas y hablar de forma sencilla sobre «el hijo de la señora Virginia», y nada más. No había motivo de desazón, como si su vida corriera peligro. ¿Qué tonterías eran aquellas? Se pudo animar, y decidió que, si fuera necesario, volvería a mentir con la misma seguridad que cuando hubo respondido que efectivamente se acordaba de los cuidados que le dirigió en su infancia y el supuesto amor que la dirigía.

—Y dime, León, ¿qué harás este verano?

—Mire, ayer tuve mi último examen, y esta mañana me he tenido que levantar tan pronto… llevo todo el día en el tren. ¿Se imagina usted qué incómodo? Ahora he salido a estirar mis piernas, visitaré a mi familia, y después seguiré paseando. Tengo que reencontrarme con un gran amigo. ¿Los demás días, dice? Bueno… ¡yo hablo de hoy! Sencillamente no sé nada sobre mañana, o sobre pasado mañana: leer, supongo; aprovechar el lago para bañarme, escuchando la música de las barcas; sentarme al sol, bajo la parra; dormir la siesta todos los días... ¿Acaso está permitido otra cosa? ¡No lo creo! —Y sintió que había dado demasiadas explicaciones, como si hubiera hablado más de lo que se pedía. Pero observó el interés de Urbana en escucharlo (sobre todo cuanto terminó, como si esperase una respuesta incluso más prolongada para una situación de la que pedía noticia, a la postre muy ambigua para